

De amistad y afinidad vocacional

María Dolores Bravo Arriaga

Cuando Humberto Maldonado me pidió que le asesorara la investigación que presentaría como tesis de Maestría, y me hizo llegar su trabajo, pude darme cuenta que estaba ante un investigador extraordinario. El conocimiento que yo tenía de él era en realidad superficial, “introdutorio”, podríamos decir. Su texto era un catálogo de escritores nacidos o avecindados en la Nueva España, y él lo intituló *Diccionario bio-bibliográfico de poetas y dramaturgos de la Nueva España. Primer Siglo (1521-1621)*. Con la sencillez que lo caracterizó siempre y que le daba un cierto aire infantil, no captó quizá la dimensión justa que esta investigación tenía: creo que era secuencia continuativa del trabajo realizado por Alfonso Méndez Plancarte cuarenta años antes. En ambos estudiosos se apreciaba la importancia otorgada a la investigación en fuentes, así como la única veta segura para transformar, ampliar e incluso desmitificar compartimentos estancos y juicios repetidos con inercia, pero sin autoridad científica por críticos literarios considerados como “monstruos sagrados”. Era esa convicción y esa entrega a la labor documental lo que hacía que Humberto se convirtiera paulatinamente —en lo vital— en lo que podríamos llamar “Un investigador de tiempo completo”. Si Buffon decía que “el estilo es el hombre”, en su caso podríamos parafrasear y aseverar que “el investigador era el hombre”.

En consecuencia con este binomio quisiera evocar la personalidad de Humberto como amigo y como espléndido estudioso de la literatura colonial, ambas facetas tan unidas en él, que confluían en una personalidad, en muchas ocasiones, algo abstraída de la realidad; apasionada por su quehacer, tanto, que lo incorporaba no sólo a su vida cotidiana sino incluso a su personalidad y manera de ser.

En muchos sentidos, puedo decir que entre los dos se creó una relación de vidas paralelas en la investigación documental. Sin la envidia que muchas veces —y por desgracia— se enseñoera entre académicos que trabajan un mismo campo de estudio, Humberto y yo compartíamos tiempo, aficiones, acervos. Nuestra amistad, ya considerada con el peso que la palabra tiene, se inició hace aproximadamente siete años en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, el entrañable edificio de San Agustín, que funcionó como tal hasta hace apenas unos meses. Quiero, pues, entrelazar al amigo, al investigador, a la persona que Humberto fue, en un recorrido que lo evoca en algunas experiencias comunes.

Uno de sus rasgos relevantes era, como dije anteriormente, la generosidad y el deseo de compartir lo que descubría; no sólo eso, sino que aun se ofrecía para buscar documentos que un amigo necesitara para su investigación. Este fue el caso, por ejemplo, cuando en el Archivo General de la Nación localizó unas autorizaciones dadas al padre Núñez de Miranda, confesor de Sor Juana, para imprimir un Túmulo en honor y memoria del monarca Felipe IV, en 1666. El sabía que yo estaba trabajando a ese jesuita siniestro y fascinante y, sin yo pedirselo, un día me hizo llegar los documentos aludidos. Incluso el descubrir los manuscritos de este dictaminador de conciencias que tuve la fortuna de encontrar en el Fondo Reservado, fue una experiencia compartida, ya que él estaba conmigo esa tarde, casi noche de octubre de 1992. Recuerdo que era una sección no revisada por mí y él me instó a asomarme a ella. Cuando salieron los textos, los dos manuscritos castellanos y los dos latinos, incluso uno de ellos en buena parte autógrafo, él, Roberto Beristaín, ese gran erudito sin título, y yo, sentimos un gozo equitativo por el hallazgo.

Considero que su labor como investigador era tan atinada e instintiva, que varios amigos le hacíamos la broma de que todo lo que él se proponía hallar lo encontraba. “Si todavía se conserva —le decía yo— la Oración Fúnebre que Sigüenza dedica a Sor Juana, o el célebre y tan buscado *Caracol.*, de la autora del *Primero Sueño*, serás tú quien lo encuentre”. Sus ponencias en los distintos congresos a los que asistió tenían siempre la garantía de una investigación inédita, sorpresiva casi siempre, y que tocaba distintos aspectos de un gran tópico. Como ejemplo menciono la que presentó en el Simposio del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, en octubre pasado; es un trabajo bizarro y espléndido acerca de la espectacularidad —en el sentido literal de la palabra— que significaban las figuras deformes en los escenarios de la ciudad de México de fines del XVIII y principios del XIX. El auditorio estaba absolutamente embelesado con los casos que Humberto presentó y que, además, significaron un filón muy original y distinto a las otras ponencias, más tradicionales, que allí se presentaron.

Al hablar de nuestras participaciones en coloquios, simposia, y congresos, quisiera recordar el Encuentro de Investigadores de la Filosofía Novohispana, en Zacatecas, en 1990. Sus raíces estaban en ese estado y en esa luminosa ciudad del cielo azul y tierra colorada, por lo cual, él se ofreció generosamente —como hacía todo— a enseñarnos algunos lugares cercanos a la ciudad y nos condujo a Chicomóstoc, las Siete Cuevas, lugar instituido por el mito y la leyenda como origen de la peregrinación sagrada hacia el centro de México. Lo impresionante del lugar, y la emoción con que él nos lo comunicó, causó en los que lo acompañábamos una impresión indeleble, que aflora recurrentemente cuando se hace una antología de los lugares que a uno como visitante más le han impactado:

Al año siguiente nos reunimos en Aguascalientes, invitados nuevamente por nuestro amigo común, el doctor Mauricio Beuchot. Su trabajo fue la exposición de unos documentos acerca de ese personaje legendario, Francisco de Urdiñola, y que lo presentan no sólo como el férreo y ambicioso conquistador de la región de Topia, sino en una faceta, antes desconocida, la de humanista y educador de indígenas. Recuerdo que su texto fue muy elogiado y debatido por algunos de los historiadores regionales, especialistas en el tema, que se encontraban en esa ocasión.

La minuciosidad que ponía en cada una de sus investigaciones, la autenticidad de los datos recabados, la obsesión por la claridad en sus conceptos, generaron en él lo que podemos llamar un singular estilo de concebir la investigación y una forma peculiar de escribir. Como asentábamos anteriormente, una de sus características como investigador era esa facilidad detectivesca y feliz que Humberto tenía para la pesquisa y localización de datos y fuentes. Esto, naturalmente, traía consigo lo exhaustivo que resultaban sus búsquedas. Pongo un ejemplo: en sus trabajos sobre artistas ambulantes en la Nueva España no sólo acudió al Ramo Inquisición del Archivo General de la Nación, sino que se asomó a otros fondos no previstos como Temporalidades, Historia, etcétera. Ese era uno de sus rasgos como investigador: acudir siempre a acervos y repositorios que en mucho rebasaban los límites de su proyecto inicial. Esto le daba un sello característico a sus trabajos y les otorgaba una garantía documental no muy frecuente en nuestro contexto.

Otra —para mí— gran virtud de sus trabajos era la interdisciplinariedad que aplicaba al hacerlos. Acudía lo mismo a la Historia, que a la Sociología, a la Retórica, o a la Historia de las Mentalidades, para escribir ensayos que no sólo tenían la virtud de la amenidad, sino de la consistencia de un estudioso que conoce a la perfección su campo de trabajo.

Por último, para concluir esta breve evocación, quisiera referirme a su también peculiar estilo de escribir, que oscilaba entre registros subjetivos, casi coloquiales, reiteraciones comprobativas, así como su objetividad y erudición en la consignación de datos e informaciones. No era raro que empezara sus trabajos con una primera persona que lo extrovertía mucho más —en ocasiones— que en el trato cotidiano. Usaba, asimismo, sinónimos, que si bien a sus amigos nos exasperaban un poco, a él le daban la seguridad de juicios unívocos y certeros. Todo esto, así como su ya mencionada amplitud de fuentes documentales, dan a sus textos —vivos como su presencia ausente— la autenticidad de un ser no poco común que cifraba en una sola persona la seriedad científica del erudito y la capacidad de asombro del niño. Para él la investigación era una seria tarea que entrañaba una enorme experiencia lúdica. Esta por lo menos es la imagen que yo tengo de él; es así como creo que lo recordaré siempre.